

Ensayo

Unas infancias remotas

José M^a Rodríguez Tejerina

Camilo José Cela

La biografía de más niños, de la infancia de otros españoles célebres, es, a su vez, muy demostrativa. (1)

Tal vez una de las más sugestivas sea la del Premio Nobel Camilo José Cela Trulock. Personaje hartamente singular en la Historia de la Literatura Española.

El nacimiento

Camilo José Cela Trulock nació en Iria-Flavia, diócesis de Santiago de Compostela, provincia de La Coruña, el jueves 11 de mayo de 1916, a las nueve y veinte de la noche. Vino, pues, al mundo, bajo el signo de Taurus.

Fue el hijo primogénito. Asistió al parto don Manuel Carballido, un médico rural, gallego, fatalista, que sólo confiaba en las tisanas. En el momento de nacer pesaba Camilo José tres kilos y seiscientos gramos. Recibió el bautismo en la Colegiata de Iria, que está rodeada por un campo-santo, cantado por San Pedro de Mezondo, y el que reposaron los restos de Rosalía de Castro, hasta que los trasladaron a Santiago de Compostela.

A los dos días de su nacimiento Camilo José estuvo a punto de morir, al igual que su madre. Le tuvieron que dar "el agua de socorro", que, si le salvó la vida, le originó

una diarrea muy grave. La madre, que también logró sobrevivir, quedó muy débil y no pudo darle el pecho. La lactancia del recién nacido corrió a cargo de Manuela Boullosa, la mujer del jefe de estación de Padrón quien, generosamente, hizo de ama de cría y fue, en realidad, la que consiguió que el niño siguiera vivo.

Algún tiempo después, recuperada la madre y sano el hijo, se trasladan todos a Almería. Ahora el ama de leche es medio gitana, se llama Carmen, lleva un clavel rojo en el moño.

Camilo José pasa su infancia yendo de un lado a otro. De Villagacía de Arosa a Iria-Flavia, de Londres a La Coruña. De Iria-Flavia a Madrid, Barcelona, Cangas del Morrazo, Túa; Vigo. Madrid.

No sufrió la gripe del año 18 más se cayó por la escalera de la casa de Iria y se golpeó la cabeza con un peldaño de piedra. En el acto se quedó como muerto. Estuvo tres días sin conocimiento.

Los traumatismos craneales durante la infancia de Cela fueron muy frecuentes. Otro, muy notable por sus circunstancias, fue el descalabro que sufrió en Túa. Su primo, Manoliño, le arreó una pedrada en el colodrillo que a punto estuvo de despearlo eternamente.

También en Túa, por entonces, se comió todos los nísperos de la nispereira y se llevó cinco días en cama, con fiebres muy altas.

Más Camilo era, a pesar de esta aventura, un niño desganado, de paladar caprichoso. Le gustaban los alimentos blandos, y sin condimento, la tortilla a la francesa y, todavía más, la tortilla con patatas. Bebía mucha leche. Los pasteles, los postres de cocina le atraían poco. La sopa de almendras, en cambio, sí le complacía. Y el azúcar, a cucharadas. Pero detestaba los caramelos y los bombones.

Era un niño de salud muy precaria. Muy delgado, muy rubito, que tenía lombrices y padecía frecuentes catarros. Lloraba por cualquier futesa, sin motivo. Tenía un

(1) Ver, "Los primeros años", en *Medicina Balear*, Volúmen 12, Número 1, Enero/Abril 1997. Páginas 64 y siguientes.

carácter atrabiliario, fantasioso, despótico, tierno. Era un niño solitario, triste, egoísta. Cuando le contrariaban solía declararse en “huelga de hambre”.

Los primeros colegios

Rememora Cela los colegios a los que asistió en Vigo, cuando apenas tenía un lustro de edad.

El primero fue el de las monjas de Saint Joseph de Cluny. La monja de su clase, sor Renée; joven, dulce, francesa. A Camilín no le gustaba ir al colegio, prefería estar en Iria, con los abuelos, correteando, jugando con sus primos; y en su casa, con la madre. En la escuela lloraba, pegaba a los otros niños. Un día, en el recreo, mordió en un tobillo a sor *Serrené*. Le devolvieron a su casa.

El segundo colegio fue el de los jesuitas de Bellas Vistas, en el que estuvo medio pensionista. También acabaron echándolo. Conserva, sin embargo, buenos recuerdos del mismo: el hermano Colina era viejo y bondadoso. El hermano Borrás, joven; jugaba al fútbol.

Un día, en clase, le sale por el ano una *tenia solium*. El viejo hermano Colina, que le enseñaba los palotes, coge la lombriz y la tira por el retrete. Los niños ríen. Camilo da una paliza a un discípulo, Suances.

Al padre jesuita, que clasificaba y estudiaba los insectos, le lleva Camilo José grillos y saltamontes vivos. El padre los pone en libertad y da al niño una pastilla de café con leche marca La Cebra.

Le operan de amígdalas. Y se pierde un día por las calles. Se hace de noche. Lloro. Le encuentra un obrero de la fábrica de conservas. Le devuelve a su casa. Le abrazan sus padres y el ama. Le lavan la cara, le peinan con agua de colonia, le dan de cenar. Al obrero le regala su padre cinco duros de plata.

Camilito es muy dado a hacer novillos. Le castigan sin juguetes de Reyes. Mas, el padre le perdona y le da un duro, que

Camilo entrega al primer pobre que encuentra.

Acaban por expulsarlo, asimismo, de este colegio de jesuitas. Porque una mañana soltó a los cerdos de la granja que desaparecieron, “se echaron al monte”. Los jesuitas les persiguieron, con las sotanas remangadas.

Por aquellas calendas le dio a Camilo José por imitar a los artistas de un circo vecino. Se rompía platos en la cabeza como había visto hacer a un titiritero. Y pretendía emular a la señorita equilibrista. En el palo del gallinero, en el alambre de tender la ropa. En la barandilla de la galería norte. Hasta que perdió el equilibrio y se estrelló sobre un arbusto de hortensias azules, que tenían este raro color porque Juan, el jardinero, había enterrado unas llaves viejas en la tierra. Todos buscaron al niño desesperadamente, que yacía en el suelo, sin sentido.

En otra ocasión sus tres tías le gastaron una broma pesada. Le dijeron que tenía cincuenta años y que, en realidad, no era un niño, sino un enanito, y que su madre era su propia hija. Camilo, al enterarse del engaño, se indigna, llora, tira varias piedras a sus tías. Las manda a la mierda. Se encierra en el gallinero. Su madre va a buscarlo. Se lo lleva en brazos. Su abuela le sienta sobre sus rodillas, le dice que no debe tirar piedras a sus tías ni decir palabras sucias. Le acaricia la cabeza. Le aconseja perdona a sus tías. Que es muy feo ser vengativo. Las tías piden perdón al niño, le besan la mano. Los cuatro se besan entre sí. La abuela les manda olvidar este penoso incidente.

Poco después toda la familia Cela se traslada a Madrid.

El demonio y la muerte

En *Memorias, entendimientos y voluntades*, su segundo libro autobiográfico(2),

(2) El primero es, *La cucuñá. La rosa*.

nos cuenta Camilo José muchas vivencias de su infancia.

En el bosquecillo de Pedreda, cerca de su casa, acostumbra el pequeño Cela a tumbarse en el suelo. Un día se posa en su nariz una pequeña mariposa azul. El niño se asusta; piensa que es el demonio. Grita, da patadas. La niñera, Julia, le lleva a casa hecho un mar de lágrimas. Su madre le consuela, le dice que, para espantar a éste basta con recitar la oración: "Jesusito de mi vida eres niño como yo..."

Camilo Joseño busca al demonio en el gallinero, la cuadra. Y, ya en la cama, en el quinqué, el vaso de leche, el edredón; nada se mueve, el demonio no aparece. No puede dormir. Cuando su madre va a darle el beso de las buenas noches, le confiesa que el demonio debe andar por ahí, no sabe dónde. Su madre se sienta a los pies de la cama, le coge la mano. A los pocos minutos, el niño se duerme.

Fue por esos días cuando se murió su hermana Teresa María. Nadie quiso decírselo. La niñera llora cuando le preguntan por ella. Juan, el jardinero, tampoco le dice nada. Al fin su madre le confiesa que, "la nena está en el cielo". "Se la llevaron los angelitos". Camilo José y su madre se echan a llorar. Luego, Camilo sale al jardín, manda al jardinero le haga un gran ramo de rosas que lleva a su madre. Y, al día siguiente, rompe en mil pedazos un "angelito barroco" que tenía su abuela sobre la mesilla de noche.

Contaba Camilo José, por entonces, cinco años.

Se columbraba ya en el horizonte espiritual del niño la presencia de las grandes tormentas anímicas que ensombrecen la infancia y la adolescencia. La primera de ellas es la de sentir la presencia inmediata de la muerte. El comprobar que se mueren personas muy cercanas a nosotros. Que desaparecen para siempre; *el nevermore* de Poe.

A Camilo José se le murieron también dos primos. Su prima Mariña y su primo Camilo; de manera inesperada.

La prima Mariña Pérez Cela murió muy joven. "Era muy bella y delicada, gastaba trenzas. Se casó jovencísima - quizá a los quince años - y la pobre murió en Buenos Aires. ¡Pobre Mariña con sus facciones infantiles y bien dibujadas y su tipito gracioso y breve! ¡Que pena me dio que se muriera!"

Cuando se enteró Camilo José, derribó un nido de golondrinas y pateó a sus polluelos. Después, se quedó profundamente dormido.

También por aquella época huyó tres veces de su casa.

Las primeras experiencias sexuales

La segunda revolución anímica de la infancia y, sobre todo, de la adolescencia, es la aparición de la sexualidad. Camilo José Cela sintió la inquietud sexual a edad muy temprana.

Camilín comenzó a masturbarse a los ocho o nueve años. La primera vez lo hizo en el Canalillo, en Madrid, ante un corro asombrado de niños: el Mata, el Víctor, el Junecas...

Este exhibicionismo es un gesto impulsivo, revelador de una gran dosis de fanfarronería y de unas marcadas dificultades para entablar relaciones sociales normales, a consecuencia, quizás, de un clima familiar desfavorable.

Un domingo, a la salida de misa en la iglesia del Rosario de la calle Torrijos, también ya en Madrid, le compran un TBO en el que vienen unos "consejos eróticos para adolescentes", en los que se alaba el mal llamado método de Onán. Esta lectura desmoraliza mucho a Camilo José, pues él se masturbaba, fundamentalmente, para poner de relieve su desafío a los demás; y a sí mismo. Experimentaba este tipo de masturbación infantil que, según F. von Gagern, desencadena, inevitablemente, un

sentimiento de angustia. Y de culpabilidad; en íntima relación con los fantasmas del complejo de Edipo.

La madre, siempre la madre, obsesivamente. Tenía Camilo José siete años cuando, un día, le sentó en su regazo. Y le habló, mirándole a los ojos:

-Camilo José.

-Qué

-Cuándo sepas escribir, ¿me harás una poesía?

No una, miles de poesías le escribiré a lo largo de su vida, el hijo a la madre. De odio, angustia, andanzas y desventuras, amor, pasiones, ensueños y figuraciones; viajes, dolor, esperanza.

Santiago Ramón y Cajal

No siempre las sentencias de los filósofos son ciertas. Rousseau, por ejemplo, en el siglo XVIII, dejó dicho que, "la infancia tiene sus propias maneras de ver, pensar y sentir; nada hay más insensato que pretender contrariarlas por las nuestras".

Asseveración que resultó totalmente falsa en el caso del niño Santiago Ramón y Cajal. Su severo padre, don Justo Ramón, le impidió, obstinadamente, que siguiera el camino del arte pictórico. Le prohibió dibujar, pintar. Le obligó a ser médico. Y acertó, pues el contrariado niño en su firme vocación, llegó a ser nada menos que Premio Nobel de Medicina.

Santiago Ramón y Cajal nació en 1852, en un pueblecillo de Zaragoza, enclavado en Navarra, Petilla de Aragón. Muy pronto se sintió atraído, asombrado, por la hermosura de la Naturaleza. El asombro, según Platón, es el principio de la sabiduría.

A *Santiaguét* le admiraba el esplendor del sol, la magia de los atardeceres; la vida vegetal, que surge, espléndida, en la primavera. El canto bellísimo de los pájaros. La misteriosa metamorfosis de los

insectos; el escenario, majestuoso, de las montañas que rodeaban la aldea.

Pensaba que la naturaleza era hermosísima, equilibrada. Un prodigio eterno. Un día, sin embargo, tiene ya siete u ocho años, dos insólitos sucesos van a desvanecer sus ingenuas ilusiones. Vive, por entonces, en Ayerbe, con su familia. Su padre, médico, ejerce ahora en esa localidad. De repente, un rayo cae en la torre de la iglesia; los zagales rezan en la escuela inmediata, en torno a la maestra. Canturrean: "Señor líbranos de todo mal". El rayo ha fundido la campana del templo, electrocutado al párroco, que intentó hacerla doblar para avisar a los fieles de la proximidad de la tormenta. Luego, la centella ha penetrado en la escuela por una ventana. Ha dejado a la maestra sin conocimiento, a los niños aterrorizados; ha destrozado un cuadro del Salvador que pendía de un muro. El cura yace, muerto, en el campanario. La cabeza le cuelga, exánime, por fuera del muro.

Aquella tarde, Santiago, descubre, desilusionado, el caótico desorden, la aparente falta de armonía de la Naturaleza. Que le parece ahora un interrogante sin respuesta satisfactoria. Se desvaneció por entonces, tal vez, su ingenua creencia infantil en un Dios omnipotente y generoso.

Mas, al poco, en 1860, surgirá en el niño el conocimiento consolador de que el saber humano, la Ciencia, en fin, puede llegar a poder desentrañar el misterio de los fenómenos cósmicos. Contempla un eclipse de sol pronosticado, con matemática exactitud, por los astrónomos. Descubre pronto, también, complacido, otros inventos humanos; el ferrocarril, la fotografía. Hasta que, años después, en 1867, en los albores de su adolescencia, en Ayerbe, aparece ante él, el aterrador fantasma de la muerte.

Desde un alcor ve la retirada de las derrotadas tropas del general isabelino Manso de Zúñiga. Al día siguiente, en los campos de Linàs, puede ver los cadáveres

res de los soldados muertos durante el combate. Le turba, profundamente, la expresión beatífica de los muertos, plena de calma; de absoluta inmovilidad, tan distinta de las convulsiones y terrores de la agonía. Intuye, quizás por vez primera en su existencia, que la Vida del Hombre es un extraño, efímero artificio de la Naturaleza.

Y que la aparente apacibilidad de la Muerte no es el equivalente a un estado de conciencia, si no la demostración del definitivo reposo muscular.

Santiago Ramón y Cajal dejó bien patente que, el gran privilegio de la infancia es el no saber que también los niños mueren. No tuvo la certeza de su finitud existencial hasta cumplir los 15 años de edad.

Y pensó, como Menendez y Pelayo, que nunca llegamos a ser nada por nuestras obras. Nuestra biografía es el parpadeo de las miradas ajenas. Somos, sencillamente, la retina de los demás.

Severo Ochoa de Albornoz

Severo Ochoa de Albornoz vino al mundo el 23 de setiembre de 1905, en un pintoresco pueblecillo marinero de Asturias, Luarca, la Villa Blanca de la Costa Verde.

El padre de Severo era abogado y hombre de negocios. Se había enriquecido en Puerto Rico. Volvió de Ultramar convertido en un auténtico indiano, joven aún, y se retiró de su profesión y de sus actividades comerciales. Murió cuando el futuro Premio Nobel contaba tan sólo siete años. Eran seis hermanos, tres niñas y dos niños.

La madre, al poco de morir su esposo, enfermó gravemente del pecho. Le aconsejaron los médicos que pasara los inviernos lejos de la humedad de Asturias, en la hoy llamada Costa del Sol. Y allá se trasladó toda la familia, a Málaga. Vivie-

ron, en un principio, en las afueras. Luego se mudaron a la calle Juan Díaz número 5. Durante los veranos volvían a Luarca. Severo correteaba por la playa con los chicos del pueblo, aunque no descuidaba sus estudios pues acudía también a la Academia Paz de Gijón.

Se inicia así, desde niño, este contraste espiritual característico en Ochoa. La dualidad de hombre del Sur, acostumbrado a la luz, al calor, a la ilusión del mar Mediterráneo, y de asturiano melancólico, nebuloso, como el cielo gris de su bellísima tierra natal. Matizada por su estigma de soledad, de huérfano de padre. Con "hambre de padre".

En muchos grandes hombres se aprecia la huella que dejó en su carácter, en la infancia, la palabra, los consejos, la manera de ser de un progenitor o un maestro. Severo Ochoa también recibió ese impulso decisivo. Recordará siempre, con emoción, a don Eduardo García Rodeja, un profesor muy joven, de Química, que acababa de llegar a Málaga cuando Severo comenzaba el sexto curso de Bachillerato.

-No sé cómo definirlo- nos dijo don Severo, una lejana tarde, en Formentor. -Era un hombre formidable que sugería una inquietud por todas las cosas en general.

Después se quedó callado, largo rato:

-Hacía más calor en Málaga en invierno que ahora. Al menos eso me parece a mí.-Añadió, distante.

Nunca se olvidará Severo Ochoa de Luarca, de su casona del Villar de Arriba. A pesar de que, a lo largo de muchos lustros, añore también, los años vividos en Madrid. Su llegada, recién fallecida su madre, vestido de luto, a la Residencia de Estudiantes, su matrimonio, en la basílica de Nuestra Señora de Covadonga, con Carmen. Su efímero paso por los laboratorios de Heidelberg, Plymouth, Oxford. Las décadas de fecunda investigación científica en los EE.UU. de América. La obtención de los premios Bewberg, Ma-

yer, Boren; del Premio Nobel, en fin, en 1959.

Severo Ochoa de Albornoz retornará, definitivamente, a la entrañable Luarca de su infancia, en noviembre de 1993. Ya muy anciano; muerto.

Había fallecido el día 1 de noviembre de este mismo mes, en una clínica de los madriles de su lejana juventud.

La furgoneta, una Peugeot 605 negra con matrícula M-6843-OK, la número 133 de la Empresa Mixta de Servicios Funerarios del Ayuntamiento de Madrid, con su carga silenciosa de un muerto famoso y muchas flores, partió a las 9.15 de la mañana lluviosa, con girones de niebla, de la puerta de la Clínica de la Concepción. Su chófer, Daniel Moreno Mencías, el "Moreno", es veterano en estas conducciones, ha transportado a otros cadáveres ilustres; los de Francisco Franco, Enrique Tierno Galván, Pablo Solozábal; tal vez el de Luis Carrero Blanco.

La furgoneta se aleja veloz, sola, de la ciudad. Quedan atrás, para el fallecido, siete años de angustiosa viudedad; la casa con yedra de Miguel Angel 1, duplicado, su portero, José, tan respetuoso, el humilde saxofonista de la esquina de la calle con la Glorieta de Rubén Darío que tocaba, de continuo, "El gato montés". Los escalones que conducían a un hogar vacío, y en los que se detenía, jadeante, antes de seguir la ascensión, apoyado en un bastón de ébano con empuñadura de plata.

La cama de la habitación 5 C de la quinta planta de la Clínica. En ella yació durante seis largos meses. Soñando con curarse, volver a caminar; ir de viaje a la Antártida. El lecho en el que le llegó la llamada irresistible de la Muerte, el 1 de noviembre de 1993, aquel atardecer de un lunes sin esperanza.

-“Voy a morir...” Musitó a un matrimonio amigo.

Su viejo y blanco Mercedes, con el que correteara, inconsolable, por las calles madrileñas. El rincón de Casa Lucio, con

una lápida y su busto. Los *gins tonics*, la mirada afectuosa de Sara Montiel, la música de la ópera *Don Giovanni*. La ermita de San Antonio de la Florida y los frescos de Goya a medio restaurar. El apoyo, cálido, de Marino Gómez Santos, su tenaz biógrafo.

La furgoneta, siempre sola, cruza velozmente los yermos campos de Castilla. Apenas se detiene a repostar en Benavente. Luego, no parará hasta las 3 del mediodía en Castañedo, en la linde del Concejo de Valdés. El chofer, el "Moreno", la deja aparcada en el arcén de la carretera. Entra a comer en un bar. Unos curiosos contemplan esa furgoneta negra con un ataúd de madera clara y muchas coronas de flores en su interior; solitaria; olvidada en el borde de la carretera. Luce un sol oblicuo, tibio, de otoño.

Cuando faltan diez kilómetros para arribar a Luarca, sale al encuentro del coche mortuorio un vehículo de la Policía Local, que le escolta hasta la plaza consistorial Alfonso X el Sabio. Son las 16.07 minutos de la tarde. Aguardan las personalidades políticas locales y algunas del mundo de la Ciencia. Las ventanas de las casa están cubiertas con crespones negros. En los balcones del Ayuntamiento las banderas a media asta de España y del Principado, portan lazos de luto. Cientos de vecinos aplauden al féretro recién desembarcado, pronto cubierto con la bandera de Asturias.

No hay ningún ministro del Gobierno ni representante alguno de la Casa Real.

Tampoco se vislumbra la presencia del Clero, de siquiera un sacerdote.

La coral Villa Blanca rompe a cantar la habanera, "Viva Luarca"; después. "Como una flor". Entona luego "Peregrino de la noche". Que es como una alegoría a la existencia exiliada y científica del extinto. Y, cuando devuelven el ataúd a la furgoneta, el coro y todos los asistentes cantan, "Asturias, patria querida".

También se celebraron, por aquellas horas, en Roma, los funerales por el alma

del director de cine Federico Fellini, notario cinematográfico de la "dolce vita". Obispos revestidos de pontifical, canónigos con sotanas encarnadas, un sin fin de curas y sacristanes; policías, *carabinieri* y *versaglieris* vestidos con uniforme de gala. El Presidente de la República sobre una tarima azul, rodeado de ministros y directores generales. Multitud de mujeres elegantes, de hombres célebres, concurren a la solemne ceremonia.

La austera furgoneta negra, una Peugeot 605 con matrícula M -6843- OK, parte de nuevo, rumbo ahora al cementerio de Luarca, seguida, a pie, por las autoridades provinciales y las gentes sencillas del pueblo. El camposanto es el "más bello del mundo", y se llama La Atalaya. Está en un alcor, asomado al mar Cantábrico.

La sepultura es angosta, cuesta mucho introducir el féretro. En el panteón reposan ya la madre y tres hermanas; y la esposa, Carmen García Covián. El escultor Vicente Ochoa, sobrino nieto del Premio Nobel, arroja un clavel sobre el ataúd. Luis Morilla, otro sobrino, reza apresuradamente un padrenuestro y un avemaría. Unen con cemento la losa que cubre la cripta. Aparece entonces el cura párroco de Luarca. Lleva un libro de tapas rojas en la mano. Se excusa por haber llegado tarde.

Resuenan, todavía, en el aire, las estremecidas notas de "Peregrino de la noche". En el cielo unas nubes blancas dibujan, quizá, la silueta helicoidal del ácido ribonucleico, clave de la genética, llave del misterio de la Vida, que descubriera en un laboratorio de Nueva York, don Severo Ochoa de Albornoz. Este asturiano bueno y agnóstico que duerme por fin, eternamente, al lado de su madre, de sus tres hermanas, de Carmen, la esposa bienamada, en la tierra mollar de Luarca. "Unidos para siempre al agua pura y a los planetas".

Y Marañón...

Gregorio Marañón y Posadillo nació en Madrid, en la calle Olózaga nº 8, el día 19

de mayo de 1887; era el cuarto hijo del matrimonio de don Manuel Pérez Marañón y Gómez-Acebo y de doña Carmen Posadillo Vernacci. Gregorio vino al mundo junto a su hermano gemelo Luis, que falleció dos meses más tarde.

También moriría su madre muy pronto, de sobrepeso, tres años después, en 1890.

El futuro célebre médico y escritor quedó pues huérfano de madre, cuando apenas contaba tres años de edad.

Al poco de fallecer doña Carmen se trasladó la familia Marañón a un nuevo domicilio, un piso de una casa de la calle Lista 3, propiedad del conde de Romanones, quien vivía, entonces, en el piso principal.

Ocuparon los Marañón el tercero izquierdo. En el derecho habitaba doña Guadalupe Posadillo, abuela de los niños, con su hija María, casada con el periodista don José Ferreras.

Amén de la abuela y la tía cuidaban de los cinco niños Marañón, un ama de llaves, *Chachita*, que había visto nacer a todos los hijos de don Manuel Pérez Marañón, cuatro criadas, las hermanas Basilia y María Cruz, la cocinera, Dominica.

Don Manuel, famoso abogado, era, asimismo, consejero del Banco de España, miembro de la Academia de Jurisprudencia, redactor, en colaboración con don León Medina, de un tratado de Leyes conocido como el *Medina y Marañón*.

Fue muy amigo de Pereda y de don Antonio Maura y, sobre todo, de don Marcelino Menéndez y Pelayo y de don Benito Pérez Galdós.

Atendía a los niños, de sus leves dolencias infantiles, el doctor don Jacinto Peiró y Rodrigo, discípulo del doctor Camisón quien, por cierto, curó a Gregorio de una pierna que se fracturó éste jugando a fútbol. Fractura que redujo el cirujano manipulándola, sin quitarse la chistera ni la levita.

Los cinco chicos leían, incansablemente, los libros de la copiosa biblioteca de su padre, entre ellos las novelas de José M^a

Pereda, dedicadas por su autor a don Manuel.

Gregorio se aficionó mucho a leer la *Historia de Roma*, de Mommsen; las obras de Shakespeare; los clásicos latinos y griegos.

Luego, durante los largos veraneos en Santander, Gregorio y sus hermanos conocieron a tres famosos españoles, que tanto influirían en el talante moral de Gregorio: don Benito Pérez Galdós, don José M^a de Pereda, don Marcelino Menéndez y Pelayo. De ideología política y religiosa bien contrarias. Don Marcelino y don José M^a eran acérrimos católicos e inflexibles carlistas. Don Benito en cambio, era convencido agnóstico y, en política, liberal. Pero eran cordiales y entrañables amigos; hacían gala de una admirable tolerancia.

Solían reunirse muchas tardes en la finca de Galdós. *San Quintín*, un palacete con una enorme huerta en la que se cultivaban las flores cuyas semillas regalaba a su dueño don José M^a de Pereda, y en la que también se cosechaban patatas y tomates. Los niños correteaban por el huerto. Dentro de la casa, Gregorio contemplaba, admirado, la mascarilla de Voltaire, un retrato de Wagner, la leyenda, grabada en un trozo de madera, del epitafio del sepulcro de Shakespeare en Stratford. Los muchos dibujos que ilustraban los *Episodios Nacionales*, los variados cuadros de insignes pintores. Pérez Galdós se sentaba, fuera, en un banco "hecho con trocitos de azulejos recogidos por él mismo en la judería toledana", y hablaba a los niños, con fervor, de la imperial ciudad de Toledo.

Algunas noches, don Benito se sentaba al armonium, y su sobrino, José Hurtado de Mendoza, al piano, e interpretaban piezas de Beethoven, Mozart, Bach.

Muy poco sabemos de las enfermedades que padeció Gregorio Marañón en su niñez, aparte de la fractura de una pierna que le redujo eficazmente el afamado

cirujano Camisón. Pero conocemos una demostrativa circunstancia; en el mes de junio de 1897, cuando tenía diez años, padeció una "neuralgia", que le obligó a permanecer en cama, con las ventanas del cuarto cerradas, pues no podía soportar la luz. Sucedió esto en Madrid, y el niño no pudo, por tanto, presentarse al examen de ingreso en el Bachillerato.

Cuando se traslada, como otros veranos, a Santander, cede la neuralgia "con el cambio de clima", y puede reanudar el muchacho sus lecturas. Y decide presentarse en Santander, en septiembre, al temido examen. Así se lo recomienda Pereda, a quien don Manuel Marañón ha confiado las cuitas de su hijo.

Su propio padre y don Marcelino Menéndez y Pelayo llevan al niño al Instituto. Y le presentan a los catedráticos, intentan vencer su innata timidez, que se manifiesta, ostensiblemente, en su propensión a la tartamudez. Se presenta, al fin, y logra ser aprobado, a pesar "de no dar pie con bola en las preguntas, escandalosamente elementales, que le hicieron". Confesará el doctor Marañón, años después, que, en Madrid, "no hubiera aprobado".

En octubre, de nuevo en la capital de España, Gregorio es matriculado en el Colegio de San Miguel, sito en la calle de las Torres, que dirige don José Camps, integrista decidido, persona bondadosa, que no consigue desarraigar del niño sus incipientes tendencias liberales.

En aquel colegio se hizo Gregorio muy amigo de Miguel Moyá, que llegaría a ser, con el tiempo, su cuñado, al matrimoniar Marañón con una hermana de aquél, Dolores.

Gregorio Marañón, desde niño, fue muy aficionado a las corridas de toros, a las funciones de teatro. Mas, enseguida, se puso de manifiesto su irrefrenable vocación literaria. Un maestro le encarga un día que comente, el episodio de la liberación de Juan Hardulo. Emprende la redacción de mala gana; pero pronto se sor-

prende al descubrir, entusiasmado, que, "escribir es una delicia".

Desde su infancia reveló Marañón una gran carga de timidez. Y una secreta pena al sentirse huérfano de madre. Sentimiento soterrado por su fuerte tesón de vencer sus tristezas; y sus deficiencias en la dicción; las mismas que padeciera Trousseau, el admirable clínico francés.

Un afán, en fin de superar las debilidades anímicas merced a la firme voluntad de querer triunfar en el resbaladizo terreno de la Medicina y en el fascinante mundo de la Historia y la Literatura.

Era Gregorio Marañón Posadillo todavía un niño, de apenas diez años, cuando

viajó por toda España llevado de la mano paternal de don Benito Pérez Galdós. Cual pequeño, inocente, leal, lazarillo. De aquellas tempranas correrías le quedó, sin duda, un indeclinable amor a España; y la afición de coleccionar libros de viajes por nuestra patria. En una de estas excursiones conoció Toledo, sus callejas, sus evocadores templos; la silueta altiva del Alcázar, la voz profunda del río. Y el *Cigarral de Menores*. Cigarral que compraría muchos años después y llamaría *Cigarral de Dolores*. En el que recibió a muchos y excelsos amigos, y le permitió escribir, en su sosiego, durante tantos domingos, deslumbrantes ensayos, libros inmortales.